

INTENSIDAD DE VIDA INTERIOR***Héctor Ocampo Marín**

El alfarero que no cree en su trabajo, el pintor apático e indolente; el profesor resignado; el artista envanecido con su primer triunfo; el intelectual amargado; el científico incurioso, son personas condenadas a un nivel subyacente, a la mediocracia sombría.

Una falla, no de fondo, corregible desde luego, en la estructura de la personalidad, ha malogrado al alfarero que no pudo llegar a ser ceramista; al comerciante que no ascendió a gran empresario; al profesor que no alcanzó a ser ideólogo; al artista incapaz de conquistar una *fama*; al científico que no abrió nuevas ventanas de luz a la humanidad.

Hay personajes en la Historia dignos de considerar por sus raras dimensiones humanas, como el sabio y el polígrafo español Jaime Luciano Balmes, como los poetas Bécquer, Shelley y Keats el de la "Oda a una Urna Griega"; como Lord Byron, Wolfgang Amadeo Mozart, Schubert y Rafael Sancio, en fin, como el filósofo francés Jean Guyau y el escritor danés Franz Kafka para no citar sino europeos, vivieron una existencia cronológica promedia, apenas mayor a los treinta años y tuvieron tiempo suficiente para coser sus nombres a la historia y dejar obras con indeleble sello de perdurabilidad.

Y sólo es posible justificar esta feliz concreción histórica, por la intensidad de esas vidas, por la febricitante y casi angustiosa acción de unos años plenos; por el desarrollo potente de una vida interior densa, y por la pertinaz detectación de los llamamientos recónditos.

Y, cuántos quedan sepultados bajo las soberbias coronas del primer triunfo. El éxito fácil o la primera resonante victoria puede traer el vértigo y precipitar la perentoria caída.

La carrera del éxito suele ser truncada por los mismos actores. En medio del camino de la celebridad, se han quedado tantos hombres de letras y muchos capitanes.

Después de la batalla de Boyacá, Bolívar habría podido dar por concluida su misión heroica y, la historia como es obvio, no registraría como suyos los lauros de Bomboná, de Carabobo y de tantas otras proezas militares que ampliaron cesáreamente sus dominios.

Cervantes, pudo haber dejado a su personaje legendario en el capítulo cincuenta y dos, después de la primera salida, nuevamente en casa platicando con el cura. Pero don Quijote el idealista, no podía dar por terminada su vida sin llevar acabo la aventura de los leones, la aventura del caballero del bosque, la extraña aventura de la cueva de Montesinos, la aventura, en fin del gobierno de su escudero Sancho.

Además, es sabiduría superior, aquella que se alcanza, cuando de los fracasos y reveses de la vida y de la lucha, sabemos sacar nuevos motivos para nuevas empresas y para mejor organizadas batallas. Aquel que con las primeras derrotas, se reciente y se vence, no alcanzará jamás niveles de respetabilidad humana. Una perseverante filosofía de la lucha y la firmeza en los propósitos, he allí la ungénita ruta de la victoria.

* Tomado del libro. *Pasión Creadora*, Ed. Quin - Gráficas, Armenia, 1972, pp. 39 - 42.

Existe una hermosa parábola de José Enrique Rodó, el uruguayo idealista, que nos describe a un infante jugando con una copa de cristal que golpea acompasadamente, arrancándole ondas sonoras. En un momento de volubilidad, el niño llena la copa de arena húmeda y al instante, el instrumento pierde todo poder de resonancias. El pequeño artista no se amedrenta, sino que busca en el jardín la más bella flor y la siembra con unción estética en la arena que rebosa la copa, entonces, triunfante pasea por entre la “muchedumbre de las flores” la gloria cierta del hermoso búcaro.

Bello ejemplo este. Del fracaso cruel arrancar nuevas y fulgurantes energías, renovante y jubiloso entusiasmo creador. Es esta la filosofía de la acción, siempre vencedora de las adversidades.